

Liberalismo, Izquierda y Nacionalismo en los debates de 1936 en Buenos Aires

CELINA MANZONI

En septiembre de 1936 tuvieron sede en Buenos Aires dos reuniones internacionales que congregaron a numerosos y calificados intelectuales europeos y latinoamericanos; el análisis de algunas articulaciones de los debates de entonces se constituye en el objeto de esta presentación que es parte de un proyecto más amplio y sobre el cual ya he adelantado algunas reflexiones (Manzoni, 2005: 3-17). La primera reunión, el XIV Congreso Internacional de los P.E.N. Clubs, se realizó entre el 5 y el 15 de septiembre, tuvo carácter público y se constituyó en un acontecimiento mediático por el papel que desempeñaron en su difusión la prensa, la radio y las revistas. La segunda, realizada entre el 11 y el 16 de septiembre, convocó a algunos de los participantes de la asamblea del PEN Club al *Septième Entretien de l'Organisation de Coopération Intellectuelle de la Sociedad de las Naciones* bajo el lema “Rapports actuels des cultures d'Europe et d'Amérique latine”.

En esta oportunidad voy a presentar una síntesis de los discursos que se despliegan en la asamblea del PEN Club y en la revista *Claridad*, una de las publicaciones más populares del espectro de la izquierda. Muchas de las discusiones de esos días incidieron de manera perdurable en el interior del espacio que Jean Guéhennó definió como “la república de las letras”, esa zona de cruce en la que la comunidad de los artistas y los intelectuales realiza el debate de las ideas. Las voces de los delegados operaron entonces sobre el límite de diferencias que llevaron a la postulación y, en algunos casos, a la concreción de profundos cambios en la cultura y en el concepto hasta entonces vigente de nación. En la Argentina, a partir del punto de

viraje que se inicia con el golpe de estado de 1930 comandado por el general José Félix Uriburu, había comenzado una década señalada por la incidencia directa del militarismo en los asuntos públicos, «la república conservadora», hegemonizada por grupos nacionalistas seducidos por el fascismo en lucha con una creciente oposición liberal, democrática y de izquierda (Romero, 1971: 78-83). Es, por lo demás, un momento particularmente interesante en toda América Latina, donde, en consonancia con los cambios que se están produciendo en el mundo, se elaboran en los distintos países respuestas nacionalistas con efectos diversos pero seguramente duraderos.

La complejidad del momento se redimensiona a partir de julio de 1936 por el fuerte referente en que se constituye la guerra civil española cuyas alternativas provocaron una intensa polarización entre los sectores democráticos y liberales, por una parte, y los conservadores partidarios del franquismo, por otra. Las figuraciones y autofiguraciones de los intelectuales atraviesan entonces un campo cuyos límites por momentos no tienen una definición precisa; entre septiembre y octubre de 1936, momento en que se realizan los debates, se condensa uno de esos momentos que puede ser calificado como de crisis o período crítico. La comisión organizadora del Congreso presidida por Carlos Ibarguren, reúne una heterogénea constelación de nombres bajo el manto de la organización de los escritores, y es indicativa de la peculiaridad del momento histórico caracterizado por un grado de inestable equilibrio entre fuerzas que pronto se enfrentarían de manera radical.¹

Si bien en la reunión del PEN Club se expresan con claridad el pensamiento liberal y el pensamiento nacionalista, la izquierda parece estar ausente si se exceptúa el papel desempeñado por el público asistente a las reuniones como lo recuerdan observadores privilegiados: Domingo Melfi rememora el papel desempeñado por la prensa, las manifestaciones ruidosas de la barra, los chismes en los corrillos, además de diseñar semblanzas de los oradores (1936) y, por su parte, Roberto F. Giusti (1936) recuerda

¹ Uno de los objetivos de la investigación en curso consiste en el análisis de los agrupamientos de los intelectuales en torno a cada uno de los dos polos de esta contradicción.

que el público “izquierdista” se multiplicó “a partir del día en que se planteó la dramática disensión entre los delegados franceses e italianos –democracia *versus* dictadura–”.² Los escritores más conocidos eran esperados a las puertas de los hoteles o del Concejo Deliberante, recinto de los debates, por admiradores que coleccionaban sus autógrafos; las sesiones fueron seguidas por un público numeroso y seguramente calificado que no vacilaba en expresar ruidosamente sus adhesiones y rechazos, al punto de ser amenazado con la expulsión del recinto en varias oportunidades.

Sin embargo, una consideración, así sea somera, de las publicaciones marxistas o influenciadas por el marxismo que circulaban en esos años, modifica la impresión de la falta de representatividad de la izquierda en los debates. Dos artículos publicados en la revista *Dialéctica*, una publicación mensual dirigida por Aníbal Ponce que circuló entre marzo y septiembre de 1936, ponen en el centro de la escena algunas reflexiones orientadas a una caracterización de la época: un artículo de Máximo Gorki sobre el Congreso de los escritores de París y una elaboración de Aníbal Ponce que realiza un recorrido histórico de las vicisitudes sociales y políticas de España a partir de las conocidas afirmaciones derogatorias de Domingo F. Sarmiento recogidas en sus *Viajes*. Dividida en cuatro partes: “Sarmiento y España”, “La España del siglo XIX”, “La república del 14 de abril” y “La crisis actual”, debió de constituirse en la bitácora de la izquierda marxista, si no en el Congreso, durante un largo período de discusiones en diversos foros, siendo uno de los más importantes sin duda la AIAPE (Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores). Fundada en julio de 1935 y presidida por el mismo Aníbal Ponce, durante su primer año, se constituyó en el espacio de reserva moral de una forma de frente cultural que representó la oposición contra el avance del fascismo en actos públicos, declaraciones políticas y protestas: “(...) estamos en condiciones de afirmar que no ha ocurrido un solo atropello a la cultura nacional sin que AIAPE, no lo haya denunciado a la opinión del país”, recuerda Aníbal Ponce cuando re-

² Lo mismo podría decirse de la derecha católica, cuyo órgano de expresión, la revista *Criterio*, publicó, entre otros comentarios, un balance del encuentro firmado por Gustavo J. Franceschi (1936): año IX, núm. 446.

seña en “El primer año de A.I.A.P.E.”, la breve trayectoria de la agrupación en un discurso pronunciado en nombre de la comisión saliente publicado en el número 6 de *Dialéctica* (agosto de 1936).

En ese recuento, además de destacar el indudable avance de la organización que pasó de sólo ochenta adherentes a dos mil en el término de un año, recuerda también los tres números de *Unidad*, órgano de AIAPE; más que analizar el papel cumplido por esta organización en la lucha antifascista, ya realizado entre otros por James Cane (1997: 443-482), será de interés relevar el de Aníbal Ponce como ideólogo en el momento de un debate fundamental. En parte debido a que entonces no parece haber logrado un espacio en la asamblea de los P.E.N. Clubs, se analizan en cambio, entre otros motivos por su inmediata relación con los acontecimientos, algunas articulaciones con los debates publicadas en el número de la revista *Claridad* dedicado al encuentro. En el editorial: “El Congreso de los P.E.N. Clubs y la función social del escritor”, firmado por Antonio Zamora, director de la publicación, se atribuye el interés del público a la ingente suma destinada a costear los viajes y estadías de los delegados, una manera oblicua de cuestionar la realización del congreso pero que también puede ser leída como el reconocimiento de una pérdida de perspectiva de algunos representantes de la izquierda que de pronto se encontraron ante un fenómeno masivo que no habían previsto y que incluso permitió que Roberto Giusti hiciera la comparación con los fastos del Congreso Eucarístico realizado también en Buenos Aires en 1934 y todavía no olvidados.

Zamora se presenta como muy crítico del PEN: “una institución con más aspectos de sociedad recreativa que de organización de hombres de pensamiento y acción” y califica al presidente del congreso, el argentino Carlos Iburguren de “fósil cavernícola” y a su secretario Antonio Aita, de “momia”. Acusa a los delegados argentinos Juan Pablo Echagüe, Manuel Gálvez y Eduardo Mallea de no haber estado en condiciones de representarse siquiera a sí mismos, además de que según él, “no han podido hacer otro papel más desgraciado que el que han desempeñado” en la medida que no pueden ir más allá de su propia producción “reaccionaria o soporífera de los últimos tiempos”. En ese panorama calamitoso, para Zamora, sólo se salva Victoria Ocampo quien trascendió “por el empeño puesto a favor de

las ideas que deben primar en el escritor contemporáneo”. Un elogio empañado porque en un alarde de antifeminismo que hoy resulta sorprendente, lamenta que la ausencia de los escritores argentinos verdaderamente valiosos haya reducido la representación a “la acción de una mujer”.

Con la excepción de los nombres de los invitados Jules Romains, Emil Ludwig, Stefan Zweig, Benjamín Cremieux, Jacques Maritain, Sofia Wadia y Georges Duhamel, no encuentra valores en las delegaciones extranjeras a las que acusa en general de haberse dedicado sólo al turismo, mientras que reserva a la delegación italiana representada por Filippo Tommaso Marinetti y por Giuseppe Ungaretti, el papel de “bufos destinados a representar [un] grotesco papel” en la medida que bajo la “tiranía fascista” los escritores sólo “desempeña[n] una función puramente mecánica”. En un discurso que menosprecia el orden argumentativo para elegir la calificación de los contendientes acusa a Ibarguren de haber pronunciado un discurso reaccionario y ambiguo, al tiempo que rescata las intervenciones de Jules Romains y de Emil Ludwig como críticos de la barbarie actual “levantada por el capitalismo ante el estrepitoso derrumbe de su arbitraria organización”.

Concluye con un balance ecléctico en el que resume su opinión en el sentido de que la mayoría de la delegación argentina, representativa de la reacción, no logró todo lo que quería para terminar reafirmando su convicción de que el deber del escritor consiste en “crear, recoger y dar los frutos de su inteligencia al pueblo, en cuya grandeza y profundidad de emociones residen todos los valores humanos”. Una forma del populismo de izquierda tal como se presentaba en esos años y que paradójicamente refuerza el concepto de los escritores como élite, su carácter excepcional frente a lo popular. Aunque considera que los resultados del congreso son magros, la aprobación de una declaración a favor de la paz que concluye con un compromiso de “ayudar a salvar la civilización, nuestro patrimonio común, de un desastre que esta vez sería definitivo”, lo alienta a esperar que sus miembros trabajen para “realizar los postulados que se han votado.”

En el mismo número se incluye una “Carta a Emil Ludwig”, quien como se verá más adelante tuvo una destacada participación en las deliberaciones, y un polémico artículo firmado por Costa Iscar: “El discurso que

faltó en el XIV Congreso de Escritores”, más “Cuatro comentarios sobre el XIV Congreso de los P.E.N. Clubs”, documentos que no voy a analizar en esta oportunidad.

Esas opiniones no recogidas en las actas de la reunión incorporan voces fundamentales para la comprensión de la complejidad del campo cultural argentino en el período casi inmediatamente anterior a la segunda guerra mundial y posibilitan una reconstitución ampliada del campo intelectual que hasta el momento parece escindido entre dos sectores predominantes en la cultura argentina, nacionalistas y liberales. Uno de los principales representantes del sector nacionalista, Carlos Iburguren, en 1934, dos años antes del cónclave, había analizado la situación nacional e internacional a partir de un diagnóstico que atribuía la sensación de vacío, que consideraba característica de la época, al fracaso del liberalismo tanto en el campo económico como en el político (1934: 60). Según él:

Una formidable lucha ha comenzado entre las dos grandes corrientes, que son las que ahora ocupan principalmente la escena política mundial: el comunismo internacional y materialista y el fascismo, o corporativismo nacionalista y espiritualista. Estas dos poderosas corrientes combaten encarnizadamente a la democracia liberal para ultimarla. Tal es la evidencia innegable de la realidad actual.

Apoyado en una profusa bibliografía, principalmente de hoy desconocidos publicistas, en su mayoría franceses, y probatoria de la debilidad del sistema democrático así como de la peligrosidad del comunismo emblemático en “la insignia roja internacional del socialismo marxista”, concluye que sólo “Una mística nacionalista eleva y conmueve a los pueblos que reclaman, buscan y están encontrando nuevas instituciones en reemplazo de las demo-liberales que yacen derruidas” (1934: 139). Con ese mismo espíritu abre los debates del XIV Congreso Internacional de los PEN Clubs en el que también realiza una caracterización de la época, aunque ahora adaptada a las circunstancias (1937: 15-24).

Iburguren considera que así como el siglo XIX se caracterizó por el

dominio del intelectualismo y del racionalismo, la segunda década del XX aparece marcada por corrientes que en el gesto anti-racionalista, anti-técnico y anti-cartesiano expresan una reacción contra la existencia industrial y materialista. Surge un nuevo espíritu que, con el desarrollo del intuicionismo y de la vibración espiritualista, propone nuevas formas que rechazan la vieja retórica y recurren a una literatura “que muestra la realidad histórica”.

De un modo que podría parecer contradictorio con el imaginario que configura, propone que la solución radica en el dominio de una mística ya que, según su razonamiento, los mitos y la mística son factores morales que empujan a los hombres a la realización de las grandes empresas. Reúne en un haz la mística religiosa y los mitos políticos, de los cuales la época estaba presentando manifestaciones casi diarias y estremecedoras. En ese sentido, y creo que conscientemente, el discurso de Ibarguren desmiente la cualidad crítica esperable en un intelectual según la definición de Julien Benda, ya que no sólo se coloca en el lugar de los estereotipos en boga sino que refuerza las “consolidaciones míticas” características del nacionalsocialismo y del fascismo. Desmiente también una de las autofiguras más acariciadas por los intelectuales respecto de sí mismos y más discutidas en la reunión, la de su autonomía e independencia de los grupos sociales dominantes (Antonio Gramsci, 1960).³

La ansiedad que le provoca su propio diagnóstico se disuelve, en el discurso de Ibarguren, en la confianza que otorga a la capacidad de los escritores y los artistas para salvar la cultura amenazada por los factores disolventes que enumera. En el espacio ecuménico del PEN Club se cuida mucho de exhibir los beneficios de la solución política que dos años antes le ha atribuido al nacionalsocialismo y al fascismo. Sin embargo, no puede dejar de señalar su preocupación por la calidad que adquiere una adecuada solución del problema literario en tanto lo considera uno de los aspectos del problema espiritual de cada nación. En una época en que el desequilibrio

³ Quiero destacar que mientras los intelectuales nacionalistas parecen tener muy clara su función activa en la sociedad, son los intelectuales liberales los que parecen adherir con mayor convicción a la función de la clero.

democratista y cosmopolita afecta todos los órdenes, concluye que: “El nacionalismo en la literatura radica tanto en una peculiar visión de la belleza, cuanto en la sustancia moral que el alma de cada pueblo aporta al patrimonio de la cultura universal”.⁴

En la lógica protocolar que debe cumplir una reunión internacional, al discurso de recepción corresponde otro en nombre de los invitados. Ante las máximas autoridades nacionales presentes el día de la inauguración, Jules Romains habla en representación de las delegaciones extranjeras (1937: 25-32). Después de reconocer, de manera previsible, la hospitalidad argentina y la atención recibida por la prensa, destaca la “clarividencia” implícita en el gesto de otorgar valor “a las manifestaciones de los representantes del espíritu”. Elabora un espacio de coincidencia con el discurso de Ibarguren en la zona de la crítica al desmedido enriquecimiento de la humanidad, al maquinismo y a la embriaguez de la especialización, pero su apelación a la libertad del hombre y su denuncia de la manipulación de las emociones de las muchedumbres, no sólo lo proyectan a la popularidad del público asistente sino que marcan la línea sobre la que arduamente se desarrollará el encuentro. Melfi recuerda para sus lectores chilenos: “Cuando Jules Romains pronuncia en la sesión inaugural del Congreso de los P.E.N. Club, en Buenos Aires, las primeras palabras de afirmación de la libertad, en medio de atronadores aplausos, queda de hecho fijada la línea que habrán de seguir en lo sucesivo los debates” (1936: 11).

La más profunda zona de acuerdo, sin embargo, parece radicar en el convencimiento, que comparten, acerca de la excepcionalidad de la condición del escritor frente al universo y acerca de su carácter de guías indiscutibles, al margen de las diversas estrategias puestas en juego. Romains imagina la traza de una futura “organización de un poder espiritual” y augura que las asambleas con sede en Buenos Aires recuperarán el espíritu de los concilios, entendidos ahora como reuniones de clérigos laicos. Sin que ninguno de los discursos utilice hasta ese momento el término popularizado por el influyente texto de Benda, muchas de las intervenciones, giran

⁴ Como se verá es una postura típica de la hora que entre otras cuestiones implica la rediscusión de la relación entre nacionalismo y cosmopolitismo.

alrededor de su concepto de “clerc”, que, traducido como intelectual o intelectuales, definiría a esos hombres capaces de guiar a sus semejantes hacia otras regiones que no sean las puramente temporales (Benda, 1951). Dice Romain: “En otros tiempos, en épocas poco más o menos tan difíciles como la nuestra, la humanidad cristiana confiaba a concilios el cuidado de elaborar la claridad y la unión en el seno de lo que era división y tinieblas”.

Como héroes abrumados por la confusión de las muchedumbres, los escritores participantes en el encuentro se imponen la reflexión en un momento en que la sociedad no había todavía aprendido a definir el lugar de los intelectuales (Walzer, 1993). Jules Romain recupera aquí su teoría del *unanimismo* cuya base reside en el reconocimiento de que ante el empuje de lo colectivo es imposible mantener un individualismo nostálgico. Si bien el desarrollo de los acontecimientos le ha demostrado que el unanimismo, al revés de lo que había propuesto a principios de siglo, se ha convertido en un hecho de barbarie ciega y fanática, aunque inconsciente, los hombres de razón deberían construir *otro unanimismo*: “consciente, permeabilizado a la luz y a la razón, instruido sobre sus propios móviles y sus propios peligros, capaz de crítica y de libertad; en suma, un unanimismo tendido hacia el espíritu. No cabe otra elección”.

Es la solución liberal y responde al tono apocalíptico y regresivo del discurso de Ibarra que eleva los mitos y la mística a *suprema ratio*, si se me permite la incongruencia. No es posible renunciar –dice Roumain– ni dejarse arrebatar lo que la humanidad ha conquistado desde el Renacimiento, por encima de todo, la libertad de pensar, hija y madre a su vez de todas las otras libertades. En un momento de definiciones, la elección no le parece oscura ni confusa: “No hay literatura contra la libertad, porque no hay literatura contra el espíritu”.

En este tono se inician las deliberaciones presididas además por otros dos mensajes absolutamente contradictorios, el de H.G. Wells, presidente del P.E.N. Club, que no ha podido viajar a Buenos Aires y recomienda a la asamblea que no se deje perturbar por las urgencias políticas del momento y el de André Gide que insta a defender la cultura. “Es sorprendente –dice

Gide— que la cultura necesite ser defendida, pero hoy la fuerza brutal tiende a imponerse al espíritu y, en muchos países, los valores intelectuales se encuentran en grave peligro”.⁵

Después de una inauguración que se ha mostrado tan conflictiva, las sesiones ordinarias comienzan con una discusión propuesta por Victoria Ocampo sobre un tema que ya se presentaba como ríspido: “Función posible del escritor en la sociedad; posible acción de los P.E.N. a este respecto”. Victoria Ocampo recupera como espacio de enunciación el propuesto por una tradición inglesa a la que respondería Virginia Woolf, la del “common reader”. Se confiesa lectora ávida que ha vivido a la sombra de los libros personificados en sus autores: “Los libros, señoras y señores, son ustedes”. Si esta declaración podía parecer un gesto cortés y entusiasta ante la presencia de famosos y admirados autores europeos, recupera su verdadero dramatismo cuando Emil Ludwig tensa las alternativas de la discusión a partir de su denuncia de las cárceles del Tercer Reich, de las persecuciones a judíos, comunistas y “arios” [entre comillas en el original] democráticos y sobre todo cuando expresamente identifica los libros quemados por el nazismo con la persona de sus autores: “(...) una tarde del mes de mayo de 1933 he tenido el alto honor de compartir el destino de mis mejores compañeros en cierta hoguera. Ocupé un buen lugar entre Enrique Heine y Espinoza, y me parecía más digno ser quemado entre dos genios de raza que ser laureado por unos profesores racistas” (1937: 76).

En otro momento de su discurso Emil Ludwig formula a la asamblea una pregunta que en su contexto parece bastante alejada de la pura retórica: “Los límites entre la política y la literatura, ¿dónde están?” A partir de esta intervención, que puede pensarse como emblemática, se intensifican todas las contradicciones en que estaban inmersos tanto los protagonistas como los participantes de la reunión. Para terminar este acercamiento a los debates iniciales, diré que una parte fundamental del congreso, leído hoy, con una experiencia de la historia, la magnitud de cuyo horror era difícil enton-

⁵ Gide no asiste al congreso porque se ha comprometido a visitar la URSS. A su vuelta publica *Regreso de la URSS*, un texto que provocó escándalo y que la Editorial Sur traduce casi de inmediato.

ces prever, podría llegar a ser pensado como la escenificación de los límites que cercaron a los intelectuales reunidos para reflexionar sobre las aflicciones que les deparaba su lugar en la sociedad.

Bibliografía

- Benda, Julien (1951): *La traición de los intelectuales*. Santiago de Chile, Ediciones Ercilla. Traducción de Luis Alberto Sánchez de *La trahison des clercs* [1927] Paris, Bernard Grasset.
- Cane, James (1997): "Unity for the Defense of Culture": The AIAPE and the Cultural Politics of Argentine Antifascism, 1935-1943". *HAHR* 3, pp. 443-482.
- Giusti, Roberto F. (1936): "El Congreso de los P.E.N. Clubs. Comentario a puertas cerradas". *Nosotros*, Segunda Época, 6, pp. 48-64.
- Gorki, Máximo (1936): "A propósito de la cultura". *Dialéctica* 5.
- Gramsci, Antonio (1960): *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Lautaro. Traducción de Raúl Sciarreta.
- Ibarguren Carlos (1934): *La inquietud de esta hora. Liberalismo. Corporativismo. Nacionalismo*, Buenos Aires: La Facultad.
- (1937): "Discurso del presidente del P.E.N. Club de Buenos Aires, Dr. Carlos Ibarguren sobre el momento espiritual del mundo en la literatura". *XIV Congreso Internacional de los P.E.N. Clubs*. Buenos Aires: pp.15-24.
- Ludwig, Emil (1937): "Palabras de Emil Ludwig". *XIV Congreso Internacional de los P.E.N. Clubs*. Buenos Aires: p.76.
- Manzoni, Celina (2005): "Buenos Aires 1936. Debate en la República de las letras". En: *Hispanamérica* 100, pp.3-17.
- Melfi, Domingo (1936): *El Congreso de Escritores de Buenos Aires (notas e imágenes)*. Santiago de Chile: Nascimento.
- Ponce, Aníbal (1936): "Examen de la España actual". *Dialéctica* 7.
- Romains, Jules (1937): "Discurso del señor Jules Romains en nombre de las delegaciones extranjeras". *XIV Congreso Internacional de los P.E.N. Clubs*. Buenos Aires: pp.25-32.
- Romero, José Luis (1971): *Breve historia de la Argentina*. Buenos Aires: Eudeba.
- Walzer, Michael (1993): *La compañía de los críticos. Intelectuales y compromiso político en el siglo XX*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Zamora, Antonio (1936): "El Congreso de los P.E.N. Clubs y la función social del escritor". *Claridad* 305.